



Pedro Juan Vignale y César Tiempo



De Exposición de la actual poesía argentina (1922-1927)

Oliverio Girondo

(1891)



Nocturno



Frescor de los vidrios al apoyar la frente en la ventana. Luces trasnochadas que al apagarse nos dejan todavía más solos. Telaraña que los alambres tejen sobre las azoteas. Trote hueco de los jamelgos que pasan y nos emocionan sin razón.

¿A qué nos hace recordar el aullido de los gatos en celo, y cuál será la intención de los papeles que arrastran en los patios vacíos?

Hora en que los muebles viejos aprovechan para sacarse las mentiras, y en que las cañerías tienen gritos estrangulados, como si se asfixiaran dentro de las paredes.

A veces se piensa, al dar vuelta la llave de la electricidad en el espanto que sentirán las sombras, y quisiéramos [16] avisarles para que tuvieran tiempo de acurrucarse en los rincones. Y a veces las cruces de los postes telefónicos, sobre las azoteas, tienen algo de siniestro y uno quisiera rozarse a las paredes, como un gato o como un ladrón.

Noches en las que deseáramos que nos pasaran la mano sobre el lomo, y en las que súbitamente se comprende que no hay ternura comparable a la de acariciar algo que duerme.

Silencio. -Grillo afónico que se nos mete en el oído. Cantar de las canillas mal cerradas, único grillo que le conviene a la ciudad.

1921.

▽△

Otro nocturno

La luna, como la esfera luminosa del reloj de un edificio público.

Faroles enfermos de ictericia. Faroles con gorras de «apache», que fuman un cigarrillo en las esquinas.

Canto humilde y humillado de los mingitorios cansados de cantar. Y silencio de las estrellas, sobre el asfalto humedecido.

¿Por qué, a veces, sentiremos una tristeza parecida a la de un par de medias tiradas a un rincón? ¿y por qué a veces, nos interesará tanto el partido de pelota que el eco de nuestros pasos juega en la pared?

Noches en las que nos disimulamos bajo la sombra de los árboles, de miedo de que las casas se despierten de pronto y nos vean pasar, y en las que el único consuelo es la seguridad de que nuestra cama nos espera, con las velas tendidas hacia un país mejor.

París, 1921. [17]

▽△

Escorial

A D. José Ortega y Gasset

A medida que nos aproximamos
las piedras se van dando mejor.

Desnudo, anacorético,
las ventanas idénticas entre sí

-como la vida de sus monjes- 5
el Escorial levanta sus muros de granito,
por los que no treparán nunca los mandingas,
pues ni aun dentro de novecientos años
hallarán una arruga donde hincar
sus pezuñas de azufre y pedernal. 10

Paradas en lo alto de las chimeneas,
las cigüeñas meditan en la responsabilidad
de ser la única ornamentación del monasterio,
mientras el viento que reza en las rendijas
ahuyenta las tentaciones que amenazan 15
entrar por el tejado.

Cencerro de las piedras que pastan
en los alrededores,
las campanas de la iglesia
espantan a los ángeles 20
que viven en su torre
y suelen tomarlos de improviso,
haciéndoles perder alguna pluma
sobre el adoquinado de los patios.

¡Corredores donde el silencio tonifica 25
la robustez de las columnas!
¡Salas donde la austeridad es tan grande [18]
que basta una sonrisa de mujer
para que nos asedien los pecados de Bosch
y sólo se desbanden en retirada, 30
al advertir que nuestro guía
es nuestro propio arcángel
que se ha disfrazado de guardián!

Los visitantes,
la cabeza hundida entre los hombres 35
(así la muerte no los podrá agarrar
como se agarra a un gato),
bajan a las tumbas y al pudridero,
y al salir
perciben el esqueleto de la gente 40
con la misma facilidad

con que antes le distinguían la nariz.

Cuando una luna fantasmal
nieva su luz en las techumbres,
los ruidos de las inmediaciones, 45
adquieren psicologías criminales,
y el silencio

alcanza tal intensidad
que se camina
como si se entrara en un concierto 50
y se contienen las ganas de toser
por temor a que el eco repita nuestra tos
hasta convencernos de que estamos tuberculosos.

¡Horas en que los perros se enloquecen de soledad
y en las que el miedo 55
hace girar las cabezas de las lechuzas y de los hombres,

quienes, al enfrentarnos,
se persignan bajo embozo
por si nosotros fuéramos Satán! [19]

▽△

Juerga

A D. Eugenio d'Ors

Los frescos pintados en la pared
transforman el «Salón Reservado»
en una «Plaza de Toros», donde el suelo
tiene la consistencia y el color de la «arena»;
gracias a que todas las noches 5
se riega la tierra con Jerez.

Jinetes en sillas esqueletosas
-tufos planchados con saliva,
una estrella clavada en la corbata
otra en el dedo meñique- 10
los tertulianos exigen que el «cantaor»
lamente el retardo de las mujeres

con ¡ayes!, que lo retuercen
en calambres de indigestión.

De pronto 15

-en un sobresalto de pavor-

la cortina deja pasar seis senos

que aportan tres «mamás».

Los párpados como dos castañuelas,

las pupilas como dos cajas de betún, 20

negro el pelo,

negras las pestañas

y las extremidades de las uñas,

las siguen cuatro «niñas» que al entrar

provocan una descarga de ¡olés! 25

que desmaya las ratas que transitan el corredor.

La servilleta a guisa de «capote»,

el camarero lidia el humo de los cigarros [20]

y la voracidad de la clientela,

con «pases»y chuletas «al natural» 30

o «entra» a «colocar» el sacacorchos,

como «pone» su vara un picador.

Abroqueladas en armaduras medioevales,

-en el casco flamea la bandera de España-

las botellas de Manzanilla 35

se agotan al combatir los chorizos,

que mugen en los estómagos

o sangran en los platos

como toros lidiados.

Previa autorización de las «mamás», 40

las «niñas» van a sentarse

sobre las rodillas de los hombres,

para cambiar un beso por un duro,

mientras el «cantaor»

-muslos de rana 45

embutidos en fundas de paraguas-

tartamudea una copla

que lo desinfla nueve kilos.

Los brazos en alto,
 desnudas las axilas, 50
 -así dan un pregusto de sus intimidades-
 las «niñas» menean, luego, las caderas
 como si alguien se las hiciera dar vuelta por adentro
 y, en húmedas sonrisas de extenuación,
 describen con sus pupilas 55
 las parabólicas trayectorias de un espasmo,
 que hace gruñir de deseo
 hasta a los espectadores pintados en la pared.
 Después de semejante simulacro
 ya nadie tiene fuerza ni para hacer rodar 60
 las bolitas de pan, ensombrecidas [21]
 entro las yemas de los dedos.

Poco a poco, la luz aséptica de la mañana
 agrava los «ayes» del «cantaor»,
 hasta identificar 65
 la palidez trasnochada de los rostros,
 con la angustiosa resignación
 de una clientela de dentista.

Se oye el «clapson» que el sueño hace sonar
 en las jetas de las «mamás», 70
 los suspiros del «cantaor»
 que abraza en la guitarra
 una nostalgia de mujer,
 los cachetazos con que las «niñas»
 persuaden a los machos 75
 que no hay nada que hacer,
 sino dejarlas en su casa,
 y sepultarse en la abstinencia
 de las camas heladas.

(Calcomanías)

▽△

Insomnio

¿Será mío ese brazo que está, bajo la almohada?
 Las ideas me duelen como muelas cariadas.

Los minutos remachan sus clavos en mi sien.
Una inquietud sin causa me ilumina los ojos
y al través de mis párpados pasa un absurdo «film»...

5

En el sobre entreabierto de las sábanas blancas,
soy una larga carta que no tiene destino.

(Proa)

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

